

JAVIER RAYA DEMIDOFF

# Los Profetas

LA LUZ PERDIDA - 2



UNIVERSO  
LETRAS

---

## **Los Profetas**

*La Luz Perdida - 2*

Javier Raya Demidoff

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras, por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Javier Raya Demidoff, 2020

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: © Roger Creus Dorico – Digital Rowye

[www.universodeletras.com](http://www.universodeletras.com)

[www.laluzperdida.com](http://www.laluzperdida.com)

Primera edición: 2020

ISBN: 9788418235535

ISBN eBook: 9788418035944

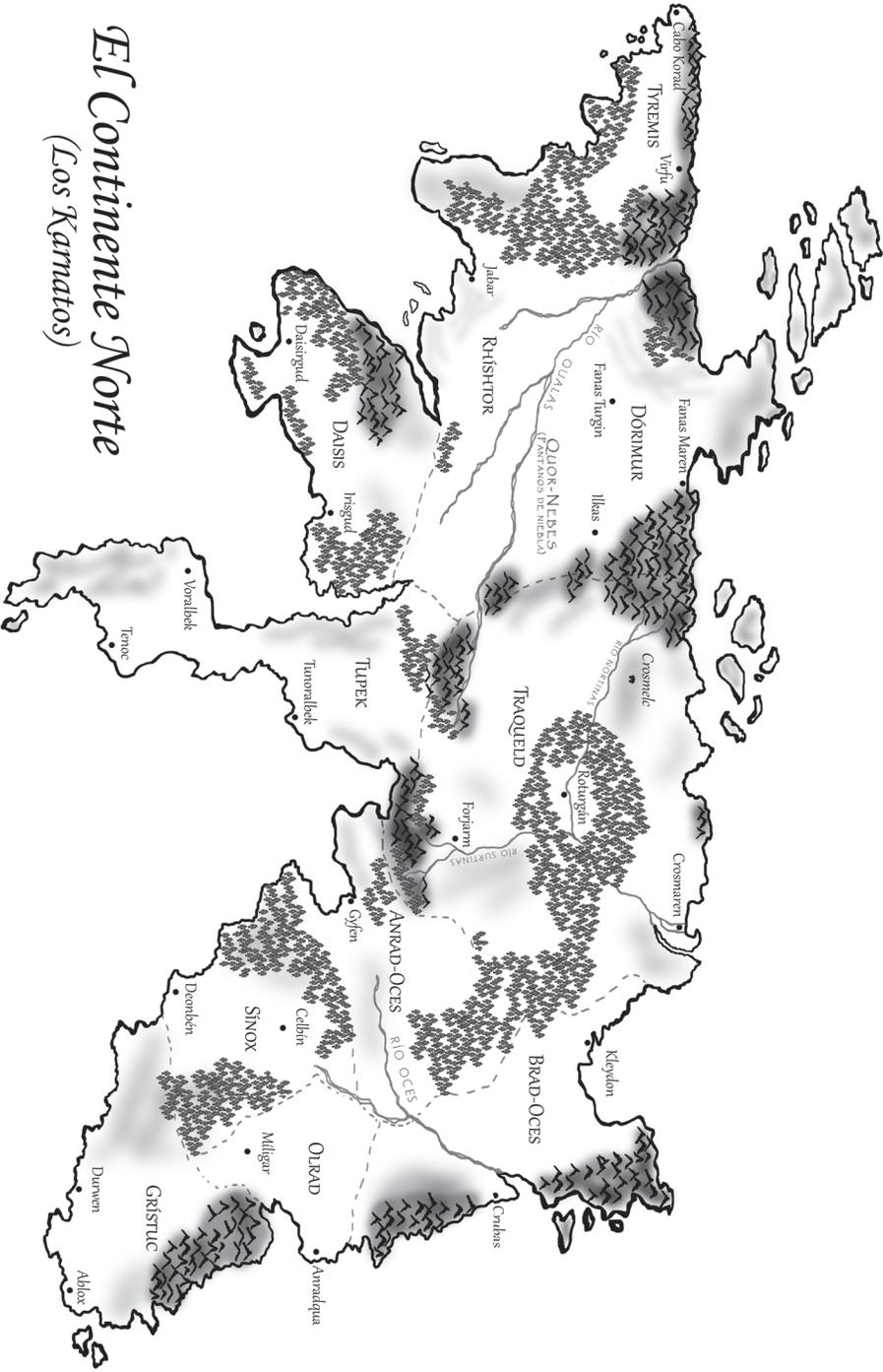
---

---

*Ahora, al final del viaje,  
hemos llegado lejos  
y lo único que podemos mostrar  
son cicatrices de batalla,  
pero en el amor que compartimos  
trascenderemos,  
y en ese amor, nuestro viaje nunca termina.*

*Blackmore's Night  
Old Village Lanterne*

# El Continente Norte (Los Karnatos)





---

---

# Agradecimientos

Empecé a escribir *Los Buscadores* y *Los Profetas* hacia 1992, con veinte años. La historia quedó inconclusa y abandonada a mitad del segundo libro. Cuando la recuperé, veinticinco años después, tuve que realizar una revisión profunda del texto, toda una «rehabilitación», ya que ni el estilo redaccional, ni las descripciones, ni el perfil de los personajes se ajustaban a mi forma de escribir actual. Ha sido un proceso muy largo, en el que han participado, además, muchas personas, de una forma u otra. Todas han sido importantes para darle su forma definitiva a la historia, desde su gestión y primer redactado hasta su versión actual, la que tienes en tus manos. Sin esas personas, *La luz perdida* no hubiese sido posible. A ellas dedico estas líneas.

A Amparo Pérez, que en una de nuestras excursiones de adolescentes me acercó al monasterio de Neroga, donde empezó todo.

A mi hermana, Bárbara, que con trece años se acurrucaba a los pies de mi cama a inquietarse, enfadarse, sonreír y llorar con cada nuevo episodio.

A mi madre, Natalia, mi lectora más fiel, que hace unos años rescató la única copia impresa de la primera versión, la escaneó y me la entregó en un CD, en formato de texto editable, con un único ruego: «acábala». Gracias, mamá.

A Sandra de Lama —te echo de menos—, Carles Flotats y Mariano Korman, que me aportaron, cada uno, críticas y recomendaciones tan

---

valiosas como esenciales para acabar de pulir forma y contenido. Y a Santi Castán, que me pasó los apuntes de Sandra, que yo ni sabía que tenía —¡mil gracias!—.

A David Murias, voraz «comelibros», que me hizo un hueco entre sus lecturas pendientes y alimentó mi ilusión, aparte de descubrirme algunos buenos autores. No sé cuántas cervezas te debo ya...

A mis otros «lectores beta» —Elena Rubio, Elena Llabot, Laura Rubio, Paco García, Patricia de la Cruz...—, que en papel o en digital aprovechaban viajes de metro o tren, o ratitos de descanso entre críos, para sumergirse en mis Tres Continentes.

A Elena Escarpa, por su cariño, entusiasmo y ayuda logística.

A Pilar Argudo, por su apoyo incansable, por nutrir mi agenda de preciosos contactos editoriales y, sobre todo, por ser como es.

A Laura Badaraco y a la «guambrita» Michelle, porque con cada café me preguntaban por mi libro con ilusión e impaciencia.

Al equipo de Universo de Letras, por su trabajo y su trato, en especial a Asun —un encanto de persona, siempre ahí, constante e incansable— y a Álvaro, mi paciente corrector; gracias a ti, de los errores aprendo.

A Roger Creus, por la maravillosa ilustración que ha elaborado para la portada.

A toda mi familia, toda: la de siempre y también la nueva —que desde el primer día me ha brindado tanto amor y cariño—. Sé que os tenía aburridos aguardando mi publicación y, por fin, se acabó esperar.

A mi chica, Pilar, mi mejor fan, mi apoyo incondicional, mi compañera de aventuras, la sonrisa incombustible. Yo no necesito buscar el Descanso de Domork: yo te tengo a ti.

Y muy especialmente a ti, lector o lectora: espero entretenerte, tal vez emocionarte, e incluso hacerte viajar; como si fuera yo uno de los ladrones de mi mundo, voy a robarte un poco de ese tesoro tuyo, ese que llamamos tiempo, tan escaso y preciado, y que quedará atrapado sin remedio en estas páginas. Espero de corazón que, al final del camino, lo consideres bien entregado. Muchas, muchísimas gracias por leerme.

---

# Los Profetas

Desde hacía ya cuatro horas el sol parecía inmóvil en el cielo negro. Aquel sol que asemejaba más una luna, que ya no calentaba y que apenas iluminaba, que día tras día paseaba su existencia muda por el firmamento oscuro de la noche eterna. Abajo, en la tierra, los humanos aún se servían de él para llevar la cuenta de los días, pero en un mundo en el que habían desaparecido la luz, el calor, el viento y la lluvia, medir el tiempo era algo que muchos se preguntaban de qué servía, mientras otros, simplemente, lo consideraban inútil.

El Nortinas permanecía mudo, su lecho seco cubierto por la nieve, y el Nordorón no había soplado ni un solo día en todos aquellos meses. El poderoso viento del norte había desaparecido junto con la luz, el calor y el agua. Resultaba extraño no oír, como en los inviernos anteriores, su silbido entre las ramas de pinos, robles, encinas y alcornocques, ni asistir a cómo agitaba la nieve de las copas, o cómo arrastraba con fuerza las hojas caídas de castaños y avellanos diseminándolas por toda la arboleda y a lo largo y ancho de la pradera que rodeaba el castillo de Roturgán.

Un búho sobrevoló el bosque, sin romper la quietud imperante, iluminado débilmente por aquel sol convertido en luna. La rapaz parecía ignorar que su vuelo secreto lo era más entre troncos y ramas, no por encima de las copas. O quizás ya había cazado algo y volvía a

---

su nido en el hueco de un pino viejo y deshojado. Si la presa no era un ratón, posiblemente fuese alguna ave venida del Continente Central, aunque Kastemjod tenía entendido que aquellos cazadores sigilosos no perseguían nada más grande que un roedor, y nunca algo que, como ellos, volase.

«Aunque tampoco volaban de día», se dijo el general, volviendo la vista al apagado astro.

De detrás le llegaron notas suaves de un instrumento de cuerda y una voz de tinte melancólico.

*Cae el oscuro manto, la luna oculta entre nieblas,  
muda el valor en el pecho, la angustia llega cual fiera,  
las viejas, gloriosas victorias, de nada sirven ahora,  
esta es la última prueba, que nunca se ha de ganar...*

Kastemjod se retiró de la ventana y gruñó, aburrido y cansado.

—¡Ya es suficiente, Dukel! —dijo, dejando oír de nuevo su acento karnato al hablar en la lengua de las provincias—. Hoy no necesito que me ayudes a entristecer. —Cogió un leño de la pila situada junto a la chimenea y lo echó al fuego, fijando la mirada en las llamas.

El joven músico dejó el ladabur sobre sus rodillas y contempló al viejo y preocupado militar. ¿No le agradaba que tocase? ¡Pues mejor para él! Desde que llegara a los karnatos no había tenido ganas de hacerlo, pues una canción rápida y corta, burlona y mal construida seguía llamando a su memoria para atormentarle, recordándole a su joven autor, Voyd, el chico ejecutado por la justicia junto con su tío Browlie, el maestro herrero, allá en el Continente Central. Excepto aquella, todas las canciones que le venían a la mente eran tristes. Precisamente por eso aquel viejo general le había tomado a su cargo como músico particular: Kastemjod no quería reír. Desde que habían sido presentados, el militar nunca había reído, y las veces que sonrió, lo hizo forzosamente, con amargura en todas y cada una de las arrugas de su frente y ojos. ¿Por qué? Cuando le preguntó, Kastemjod solo dijo;

---

«Si una carcajada aflorase a mis labios, traicionaría y ofendería a mi corazón. Cuando has perdido a alguien, cualquier intento que haga nadie de sacarte de tu tristeza es tan estéril como indeseado; mientras dura el duelo, no deseas que nadie te saque de ese estado». Y Dukel estaba en la misma situación; atascado en un recuerdo agrio que las palabras debían ignorar al menos por un tiempo.

Sonaron cuatro golpes en la puerta.

—¡Pasa! —ordenó Kastemjod.

Bella y elegante, entró una dama de finos ropajes negros. Dukel la había visto otras dos veces. Se trataba de una mujer muy importante en la corte, y una de las pocas con el cabello tan rubio, largo y liso. Tendría unos treinta años, y, al parecer, hacía diez que mantenía el duelo. Era realmente hermosa, parecida en los rasgos faciales a la mestiza Iseldyn, y también ella guardaba en la memoria perennes imágenes tristes.

Kastemjod se acercó a ella, invitándola a pasar.

—Disculpad, Elmeda; creí que se trataba de Dísar. Sentaos junto al fuego, os lo ruego.

Así lo hizo ella, ocupando uno de los dos sillones situados frente al hogar. Kastemjod se sentó en el otro. Ambos estaban de espaldas a Dukel, al parecer, despreocupados de su presencia. Entre ellos hablaban en karnato, por lo que el músico no podía hacer otra cosa que perderse en sus pensamientos.

Elmeda suspiró. Estaba tensa.

—¿Ocurre algo, mi señora? —El general se inclinó hacia ella—. ¿Os encontráis mal?

La mujer le dedicó una mirada amable, procurando relajarse.

—Estoy harta de Dorgam, siempre detrás de mí a todas horas.

—¿Queréis que intente hablar con él?

—¿Para qué? Es inútil. —Miró de nuevo al fuego—. No cesa de repetirme que soy *la razón de su existir, el único sol que realmente le da vida, la forja en la que el fuego de su corazón podrá fundir cualquier acero y crear cadenas de amor eternas...* y bobadas parecidas.

—A mi parecer, ello debería agradaros.

---

—Mi buen Kast; tal vez en ocasiones políticos y poetas pueden ser confundidos, pues ambos aspiran a seducir oídos ajenos con la música de las palabras. Pero solo el político desconoce el momento adecuado para callar los elogios cuando estos ya no hacen sino aburrir.

—Creía que admirabais al príncipe, y que quizás llegaríais a amarle.

—¿Amar a Dorgam? ¡Sin duda te burlas de mí, general! No olvides que una reina no se casa por el corazón, sino por la corona.

—Pero vos... —Kastemjod tragó saliva, buscando las palabras adecuadas—, vos amabais a vuestro esposo.

—Sí... no tengo derecho a negarlo. —Al recordar, sonrió—. Él era un hombre valiente y fuerte y de nobles sentimientos, tan implacable en la lucha como apasionado y tierno en el amor...

Kastemjod carraspeó, y Elmeda casi enrojeció, recomponiendo su seria actitud.

—Sí —continuó—, le amaba, le amaba de verdad, ¿cómo no iba a hacerlo? Supongo que es uno de esos casos entre un millar. Por ello, por ese amor que compartimos, se me hace imposible pensar en otro hombre, aunque sea alguien tan parecido a él como su hermano.

—Por favor —el general miró de reojo hacia la puerta cerrada, visiblemente inquieto—, no digáis eso, ¡no debéis decirlo! Es vuestro deber casaros con el príncipe Dorgam si finalmente...

—Si finalmente accede al trono, ¿no es eso? —Elmeda rio, burlona—. Lo único que me alegra es pensar que eso no sucederá nunca.

Kastemjod apresuró sobre su pecho el signo del omnidón, buscando ahuyentar la mala suerte.

—¡Os lo ruego! —suplicó—. Medid vuestras palabras. Diez años sin karnat no son la eternidad. Las cosas volverán algún día a su cauce normal.

El rostro de Elmeda se ensombreció.

—Vos lo habéis dicho, general: diez años. Solo tres de matrimonio con Waldam, y luego no pude siquiera volverlo a ver tras su fallecimiento. —Kastemjod creyó que la dama iba a llorar, pero se equivocó; Elmeda ya

---

había superado aquello—. ¡Diez años sin que hayamos sabido nada del paradero del cadáver! ¡Y la cripta intacta! No —dijo al ver que el general abría la boca para protestar—, no te pido explicaciones; sé que no las tienes. Nadie las tiene. Pero estoy convencida de que Waldam estaba demasiado vivo como para que la muerte se lo llevase tan pronto de mi lado. Siempre me lo habéis oído decir; tengo la certeza de que su muerte fue provocada, alguien lo envenenó o algún brujo le extrajo la vida de sus entrañas... No sé cómo fue, pero sé que le mataron.

Kastemjod suspiró cansado, apoyándose contra el respaldo de su sillón.

—Ya se ha hablado mucho sobre ello, mi señora, y nada hemos averiguado. Es mejor dejar el tema, que los rumores de traición son peligrosos en un castillo.

Elmeda se relajó de nuevo.

—Tienes razón, Kast. Y tampoco he venido a discutir contigo. Buscaba un sitio donde refugiarme de los asuntos de la guerra, cuanto menos por una hora.

—Pues, si pretendáis olvidaros de la guerra, el aposento de un militar no parece el mejor lugar para ello —dijo el general, intentando sonreír—. Yo, de hecho, daría mi brazo izquierdo por recuperar mi juventud, tomar mis armas y cabalgar hacia el sur como un soldado más.

—Podrías ir, sigues siendo un gran guerrero.

—No hablo de patrullar nuestras fronteras, sino de acudir a Grístuc, a la batalla. Pero mi sitio está aquí, en el castillo. Ya sabéis, los idis-karnat...

—Los idis-karnat sois los señores de Traqueld, pero también sus esclavos. Sí, lo sé. Aunque no veo por qué se os aplican las mismas limitaciones que a un karnat. Puedo entenderlo en Dorgam, como heredero, pero no en tu caso o en el de Dunkas. Me parece exagerado que no hayáis salido del karnato en estos últimos diez años, ni siquiera para tomar parte en las Idis-Quon.

—Demasiados espías provincianos, demasiados hombres de Alwinus campando por el Continente —sacudió la cabeza el general—,

---

ya bastante liadas están las cosas con este gobierno tan contrario a la buena suerte. No, no me gusta... ¡a la gente no le gusta! No tener a su karnat sentado en el trono hace a la población temer por el futuro del país. Los más supersticiosos dicen que esta noche eterna —señaló la ventana— es la señal de que nuestro fin está próximo. ¡Bah!

Elmeda se incorporó en su sillón, como activada por un resorte.

—¡Se me olvidaba! —dijo—. Níndevos quiere que hagais traer al mago que tenemos prisionero en Forjarm.

—¿Qué? ¿Al mago? ¿Por qué?

—Para el ritual de Crosmelc, la semana próxima.

—¿Quiere incluir a ese espía en la ceremonia?

—Se trata del primer sacerdote Líbax Iscanán —Dukel, detrás, alzó la cabeza al oír el nombre de su jefe prisionero—, un mago muy poderoso. Sabes que, desde hace tiempo, los hechiceros están siendo perseguidos por la Orden de Kalyrs. Da por pensar que se trate de un fugitivo que busca asilo, no de un espía.

—¿Cómo que no? Yo mismo le interrogué en Forjarm, poco después de su desembarco. ¿Sabéis lo que me contestó cuando le pregunté si era o no un espía? Me dijo: «no venimos de parte de Alwinus, ni para luchar a vuestro lado contra él; hemos venido escapando de los monjes, pero buscamos algo más importante que el exterminio de la Orden».

—¿Y qué buscan?

—No os lo vais a creer. Dicen andar tras la pista de un dios olvidado, el que «había antes del falso Kalyrs».

—¿Un dios olvidado?

—¡Bah! ¡No me creo nada! Provincianos que se hacen pasar por marinos karnatos, que desembarcan en un rincón apenas vigilado de nuestra frontera con Anrad-Oces, ¡un lugar perfecto, sin duda bien escogido...! Aseguran huir de los monjes de Neroga, pese a que ese Líbax Iscanán vestía precisamente un hábito azul... Y dicen buscar el rastro de un dios que no es Kalyrs, sino otro «más justo, más igualitario, más bueno». Uno de ellos, por cierto, llevaba escondido bajo la ropa un pergamino que aseguró que era la prueba de sus palabras. Un perga-

---

mino mágico, dijo, que nada puede destruir. Es un extraño poema que habla de un fantástico lugar de reposo, una especie de paraíso, y de su guardián, un hombre llamado Domork, al que también buscan. ¿Qué os parece? ¡Dos seres divinos, no uno! ¡Ja! ¡Está claro que son espías! Lo que más me hace desconfiar es lo de un nuevo dios. ¿Sabéis lo que creo? Creo que Alwinus les ha dicho: «id al Norte y extended el rumor de que hay un dios que los hombres han olvidado».

—¿Y por qué iba a mandar tal estupidez? Él sabe que nosotros no adoramos a dios alguno. No tiene sentido.

—Precisamente por eso no me fío, porque no lo entiendo. Me da por pensar que, si damos crédito a esa historia, Alwinus nos acusará de herejes, además de revolucionarios y traidores. Y cuando sus tropas nos aplasten, él podrá jactarse de que los fieles a Kalyrs triunfan siempre sobre la herejía.

—Por el simple hecho de que no adoramos a Kalyrs, hace tiempo que podría habernos acusado de herejía.

—Mientras ha recibido nuestros pagos, no le ha interesado. —El general suspiró profundamente, antes de añadir—: No sé si nos hemos equivocado.

—¿Equivocado? ¿En qué?

—En habernos decidido a romper con el monasterio, en independizarnos. Creímos que sería tan fácil como echar a los monjes de nuestras tierras. ¡Qué estúpidos hemos sido! A los provincianos les resulta indiferente si creemos o no en su dios... ¡Pero ese malnacido de Alwinus...! ¡A él sí le importa! ¡Hasta el punto de acusarnos de la destrucción de Dacosta y así levantar a su pueblo contra nosotros! ¿Cómo han podido creer tamaña insensatez?

—Porque han podido ver la destrucción y la carnicería llevadas a cabo en su ciudad.

—¡Pero si ni siquiera hemos pisado la playa de Aucian!

—Eso lo sabemos nosotros, Kast; pero poco importa, ¿no crees? El monasterio ya se ha procurado unos cuantos testimonios que avalen su versión. Una guerra no necesita de verdades para iniciarse.

---

Kast se esforzó en tranquilizarse. Luego asintió:

—Sí, nosotros somos los traidores, los que matamos a sangre fría. Esa es la historia que les han contado, la única a la que dan crédito... Por ello, solo resta que Alwinus divulgue que en los karnatos adoramos a otro dios para decir a sus tropas que lo que pretendemos es acabar con la Orden, destruir el monasterio e imponer a un falso dios que en realidad nos envía él.

Elmeda se levantó de su sillón y permaneció de pie frente al fuego de la chimenea.

—No estoy segura de que esos provincianos de Forjarm sean espías, Kast. Tengo entendido que, cuando uno de ellos dijo que eran los ladrones perseguidos por la Orden, los tripulantes del barco quisieron acabar con él y sus compañeros.

—Sí, así me lo relató el capitán de la patrulla que los interceptó al desembarcar. Pero posiblemente fue una pantomima, un truco para engañarnos. Como el intento de los tripulantes de acabar con uno de los supuestos pasajeros, uno llamado Ansp.

—¿Qué ocurrió?

—Cuando la patrulla ordenó a los apresados desprenderse de sus armas y descubrir sus caras, alguien se lanzó sobre ese tipo, golpeándole y acusándole de haber violado a una joven en las provincias. Otros marineros se le unieron, y también una de las pasajeras, y, juntos, casi lo matan. La patrulla los separó, y en Forjarm lo confinaron en una celda aparte.

—Ya veo... —La dama se tomó unos instantes para meditar. Luego dijo—: Tal vez los tripulantes sí sean fieles a Alwinus, si, como dices, intentaron acabar con los que se presentaron como los ladrones del monasterio. Pero creo que los pasajeros de la nave no son espías. En todo caso, fugitivos de la justicia. —Elmeda miró fijamente al general—. Escucha, Kast; a mi parecer, no arriesgamos demasiado si traemos a ese mago a Roturgán. Si puede ser útil en Crosmelec, ¿por qué renunciar a él? Que venga, que explique su historia. Escuchémosla. Si resulta ser alguien a quien Alwinus quiere prender a toda costa, tal vez sea un aliado interesante...

---

—Recuerda lo que me dijo: no luchará con nosotros ni contra la Orden.

—Bueno —Elmeda se encogió de hombros—, en ese caso, lo devuelves a Forjarm y puede ser un valioso elemento de negociación con el monasterio.

—Eso sería contravenir los acuerdos de la Idis-Quon. Uwan de Dórimur no nos lo perdonaría.

—Salvo que argumentaras que los acuerdos solo se refieren a proteger a los hechiceros de los karnatos...

—No sé... —la mirada de Kastemjod volvió al fuego de la chimenea. Luego recordó un detalle que Elmeda seguro que apreciaría—. Por cierto, esos provincianos tenían en su poder tres gruesos libros de los que no se querían separar. Pudimos coger dos, pero el tercero quemaba al tacto y no se podía abrir. Ese fue traído a Roturgán con especial cuidado, envuelto en telas y telas para evitar tocarlo. Nuestros magos intentan sin éxito deshacer el conjuro que lo protege, un hechizo que desconocen por completo. Pero los otros dos libros, ¿adivináis de qué tratan?

Elmeda negó con la cabeza.

—Se trata de dos tomos de historia del Reino de las Dos Montañas. La dama abrió los ojos, incrédula.

—¿Han estado en el palacio de Salan Ítisur? ¿Pero cómo? ¿Conocen el secreto del agua? ¿No fueron vistos por nuestros hombres?

—Creo que encontraron la forma de abrir la puerta de roca que da a Averno, pero se niegan a hablar sobre ello...

—Entonces no puedes tener dudas, Kast: hay que traer a ese mago al castillo. Si Níndevos consigue crear un ambiente de confianza entre ambas partes, tal vez lleguemos a un entendimiento favorable a nuestros planes a cambio de dejarlos libres.

—¿Dejarlos ir? —Kastemjod se levantó de su sillón, también.

—Manteniéndolos vigilados, claro. Piénsatelo, Kast. El mago y sus amigos pueden resultarnos útiles en muchos aspectos: la ceremonia de Crosmelc, la puerta de Averno..., ¿quién sabe si con su ayuda podremos incluso ganar la guerra?

---

El general meditó aquellas palabras con detenimiento. El mago era reacio a colaborar, pero quizás cambiase de postura si se veía fuera de prisión. El planteamiento de Elmeda era cabal y prudente.

—Muy bien. Lo intentaremos. Voy a ordenar que envíen un carro a Forjarm para traer al mago.

En ese preciso momento, un individuo alto, moreno y musculoso entró en el aposento abriendo la puerta de improviso, resoplando y con el rostro encendido.

Kastemjod lo miró sorprendido.

—¡Dorgam!

El príncipe no cerró la puerta. Saludó brevemente a la dama Elmeda y clavó unos ojos inquietos en el general.

—¡Rápido, Kast! ¡Ha llegado un mensajero desde Grístuc! ¡Sehremán Gunktark ha recibido el refuerzo de cinco barcos más y se dispone a avanzar hacia el interior!

El militar no respondió. Los dos hombres salieron a toda prisa en dirección al patio de armas. Elmeda se dirigió a la ventana y asomó la cabeza.

Una multitud se agolpaba allá abajo en torno a un jinete recién llegado. Al poco rato aparecieron Kastemjod y Dorgam y se abrieron paso hasta él. Se les unió Dunkas, el tercer idis-karnat. Tardaron en conseguir que la gente callase, pero por fin el emisario pudo relatar las noticias, ahora con más detalle. Por lo visto, el día anterior, cinco grandes bajeles del Continente Central habían arribado a Ablox y Durwen, las dos ciudades ocupadas desde una semana atrás por las tropas del gobernador de Neroga, Sehremán Gunktark. El ejército desembarcado sumaba, en total, unos cien caballeros y más de trescientos soldados de a pie. No eran muchos, pero se beneficiaban de la valiosa protección de Raslas, «el demonio alado», conocido en el sur como la Sombra de la Muerte.

Empezaba la invasión de los Karnatos.

---

# I

Líbax y Síndir veían pasar los árboles nevados del bosque de Roturgán a través de las pequeñas ventanas del carro. Los hechiceros eran sacudidos de un lado a otro del habitáculo por las irregularidades del camino. Llevaban ya tres horas de marcha sin una sola parada para descansar. Quizás no estaban autorizados a ello.

El anciano mago intentó por quinta vez romper el silencio de la joven.

—¿Por qué tienes que pagarla conmigo?

Ella no respondió. Seguía mirando el desfile interminable de árboles a la sola luz de las lámparas que pendían del exterior del carro.

—Síndir, los actos pasados de Ansp son terribles, sin duda. Y posiblemente no conozcamos ni una pequeñísima parte de lo que haya podido hacer. Pero ¿qué esperabas? ¡Es un guerrero mercenario! ¿Creías que sus manos estarían libres de sangre? —Le pareció notar que la joven apretaba los labios con fuerza; optó por rebajar el tono de sus palabras—. En fin, este es el mundo en el que vivimos. El mundo de Kalyrs, Síndir. Valor, fuerza y fe, ¿recuerdas? Sin duda, Ansp ha sido un compañero protector. Y es valiente, como demostró al rescatarte de Parsus. Pero es un exsoldado. Y nadie, absolutamente nadie es completamente puro de corazón. Fíjate en mí: muchos me acusáis de frío y falta de escrúpulos por haber dado la orden que significó la

---

muerte de Browlie y Voyd, por más que fuese el único modo de salvar al resto.

La muchacha bajó la vista al recordar aquello, pero siguió silenciosa.

—¡Está bien! No insisto —se rindió LÍbax—. Pero me parece adivinar que tu odio hacia Ansp no es solo por lo que hizo, o lo que dicen que hizo. Creo que hay algo más que no me explicas. Algo relacionado con la facilidad con la que se puede pasar de la adoración romántica al odio más visceral. —Esta vez sí notó un respingo en la joven—. Solo te diré una cosa, jovencita —se puso serio como nunca—: en los caminos de la hechicería el amor no es un camino prohibido; pero se trata de una opción muy peligrosa, pues se ha de evitar que los sentimientos actúen de forma incontrolada sobre uno. Más si hablamos de un hechicero temperamental. Y por temperamental quiero decir de carácter vivo. Y ese odio que tú sientes hacia Ansp no es nada bueno, Síndir, ni para tu aprendizaje ni para vuestra búsqueda divina.

La hechicera le miró furiosa unos segundos y luego apartó los ojos de nuevo hacia el exterior, hacia los árboles.

¡Viejo carcamal! ¿Qué sabía él sobre sus sentimientos? Creía estar enamorada del guerrero, e intrigada por aquel pasado ignorado y tormentoso de Ansp, que solo él y su amigo Galdwynn conocían. ¡Con razón lo ocultaban! ¡Con razón se había escondido bajo su capucha como una tortuga en su caparazón! ¡Qué asco! ¡Qué rabia! ¡Y encima se defendía diciendo que era víctima de su pasado como soldado! ¡Cabrón! Si no la hubiesen sujetado entre Anstra, Quelbos y Hérites, le habría dado su merecido. ¡Vaya que sí! ¡Hubiese estado bien enamorarse de ese tipo, la réplica exacta del novio que tuvo su hermana Leida, allá en la granja de Naditris! Recordó la insistencia con la que Ansp expresaba sus sospechas sobre Arcris, confiándoles a Síndir y a Quelbos que la pelirroja ocultaba algo, que no era trigo limpio, que desconfiasen también ellos... ¿Desconfiar? ¡Seguro que Ansp había intentado algo con la bella muchacha y no había tenido éxito! ¡Y qué mejor forma de protegerse que calumniarla, situar a todos en su contra! Sí... era un ser retorcido, un perfecto ejemplo de aquello que los dictados y creencias